

José Miguel Oviedo. *Historia de la literatura hispanoamericana*.
1. *De los orígenes a la Emancipación*. Madrid: Alianza Editorial. 1995. 386 pp.

Si en la década del veinte el intelectual dominicano Pedro Henríquez Ureña escribió que “todos los que en América sentimos el interés de la historia literaria hemos pensado en escribir la nuestra,” ¿qué significa emprender una historia literaria hispanoamericana en la última década del siglo, bajo la confusa posmodernidad y en un contexto en que lo *hispanoamericano* y, más precisamente, el *latinoamericanismo* tradicional parece estar en crisis?

Quizá convenga pensar la reciente *Historia de la literatura hispanoamericana* del peruano José Miguel Oviedo en relación con las Historias de principios de siglo y los debates sobre las tradiciones culturales y las identidades colectivas, sin olvidar que Oviedo escribe después de las reflexiones formalistas y estructuralistas sobre lo literario, después del desarrollo de los estudios culturales y el vigoroso latinoamericanismo de la academia norteamericana. Por otro lado, esta nueva *Historia de la literatura hispanoamericana*, publicada en la colección Alianza Universidad Textos de Madrid, parece dirigida a un destinatario que no se está pensando a sí mismo, sino que se aproxima a la literatura hispanoamericana desde afuera. En este sentido, el libro de Oviedo, como la buena docencia universitaria, está consciente del receptor al que se dirige y del didactismo del género en que se inscribe.¹

¹ Véase el libro de Beatriz González Stephan, *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1985. Contiene un “Índice crítico de las historias de la literatura hispanoamericana” (83-202). Incluye 210 entradas, desde 1608 hasta 1982, con comentarios detallados.

En la Introducción, leemos que existen dos modos de escribir una historia literaria: ofrecer una “historia-catálogo” de obras o dar un cuadro esencial “que el lector contemporáneo debe conocer y reconocer como su legado activo” (17). *La Historia de la literatura hispanoamericana* opta por el segundo modo. Su elección es la de “leer el pasado *desde el presente* y ofrecer un cuadro vivo de las obras según el grado que contribuyen a definir el proceso cultural como un conjunto que va desde las épocas más remotas hasta las más cercanas en el tiempo” (17), dejando de lado los textos que no se consideran fundamentales. En otras palabras, una historia de lo ya canónico, una historia equilibrada que evite las modas y oportunismos.

A pesar de que la *Historia* propone una definición de literatura diferente de la acepción de “bellas letras” que predominó en el XIX, Oviedo no siente la ansiedad de reemplazar el término *literatura* por el de *discurso* o *semiosis*. La literatura vista así es un concepto que se renueva constantemente, “un conjunto de convenciones establecidas para reconocer, ordenar y conservar lo que la mente creadora de los hombres elabora con los materiales que le brinda su tiempo y con los que lo supera” (19). Cierta ansiedad, sin embargo, circunda la elección de los términos. El libro busca distanciarse de la crítica del eurocentrismo y los estudios culturales coloniales americanos –y de su terminología– porque considera riesgoso crear categorías propias para lo hispanoamericano, las cuales pueden “aislarnos más en el contexto global al que pertenecemos por derecho propio” (20).

Respecto de la periodización, en la Introducción se rechaza “una aplicación mecánica y acrítica de ciertos modelos o estilos de época (Renacimiento, Barroco, Neoclasicismo, etc.) para ordenar el corpus hispanoamericano en unidades comprensibles” (26), pero asimismo se señala la utilidad de estos membretes, siempre y cuando se marquen las “diferencias que se filtran entre lo aparentemente idéntico” (27). De esta manera, la *Historia* se ordena en siete capítulos, cada uno con varios subcapítulos que estudian una obra u autor específicos: 1. Antes de Colón: el legado de las literaturas indígenas; 2. El Descubrimiento y los primeros testimonios: la crónica, el teatro evangelizador y la poesía popular; 3. El primer Renacimiento de América; 4. Del clasicismo al manierismo; 5. El esplendor barroco: Sor Juana y otros culteranos; 6. Del Barroco a la Ilustración; y 7. Entre neoclasicismo y romanticismo.

Esta periodización se complementa con una detallada segmentación regional de Hispanoamérica. Las cinco regiones propuestas (rioplatense, andina, caribeña, centroamericana y mexicana) y las cuatro regiones intermedias (Paraguay, Colombia, Venezuela, Guatemala) buscan una solución a las tensiones señaladas entre las historias continentales y las identidades nacionales y regionales. Así, por ejemplo, el estudio de *El carnero* de Rodríguez Freyle pertenece al período “Del clasicismo al manierismo” y a la zona intermedia de Colombia, ubicada entre el Caribe y los Andes.

Oviedo enfrenta el problema de cómo definir la literatura hispanoamericana con una serie de preguntas: “¿se refiere a la literatura escrita en Hispanoamérica? ¿O a la escrita por hispanoamericanos donde quiera que ellos se encuentren? ¿O acaso es aquella cuyo tema y asunto es hispanoamericano?” Estas tres interrogantes corresponden a los criterios “geográfico, genético o temático,” los cuales, señala Oviedo, no parecen satisfactorios en sí mismos. Así, se opta por una definición en “términos prácticos,” según la cual la literatura hispanoamericana “será aquella que exprese [un] denso y confuso fondo común,” un creer en una “identidad o comunidad al menos como proyección o destino” (22). La reflexión de Oviedo toma como ejemplo “dos casos extremos” de literatura hispanoamericana, *La Florida* del Inca Garcilaso y la poesía surrealista de Ludwig Zeller, “hijo de alemanes y chileno de primera generación,” y señala que en “ambos casos hay una asimilación de profundas esencias espirituales e intelectuales de la experiencia hispanoamericana: expresan algo que nos pertenece por una especie de derecho histórico” (23). Ambos escritores participan del criterio genético de lo hispanoamericano y parecieran derivar de esa experiencia las “profundas esencias” que Oviedo refiere.

La dificultad de emprender individualmente una historia literaria no debe desestimarse. A diferencia del manual editado por Luis Íñigo Madrigal, *Historia de la literatura hispanoamericana, época colonial* (Madrid: Cátedra, 1982), preparado por veintiún profesores de América y Europa y una notable disparidad en la calidad de los artículos, el libro de Oviedo está estructurado por una sola conciencia que busca darle coherencia a más de trescientos años de producción literaria en América. Esta visión integradora es quizá lo más ambicioso del proyecto y, al mismo tiempo, lo más necesario para poder

transitar didácticamente por tantas regiones y períodos incluidos desde “los orígenes a la Emancipación.”

Conviene, por lo tanto, dialogar con esa mirada integradora de Oviedo y reseñar brevemente sus elecciones y omisiones en la escritura de su *Historia*. Antes de detenernos en algunos ejemplos de sus capítulos, es justo señalar también que el texto no se concentra en las circunstancias coloniales de la producción literaria del período estudiado. Recordemos que lo “colonial” parece intencionalmente omitido del título del volumen. En otras palabras, contrariamente a la crítica dominante sobre este período, la *Historia* regresa sobre las preguntas tradicionales de la filiación literaria de las letras americanas.

En el capítulo 3, “El primer Renacimiento en América,” luego de Las Casas, Gómara y Bernal Díaz, entre otros, se estudian a “los cronistas del Perú” (141-147). Miguel Cabello de Balboa y su *Miscelánea antártica* merecen poca atención. No se menciona el extenso relato de los “amores de Quilaco Yupanqui de Quito y Curicuillor del Cuzco,” incluidos en la *Miscelánea* entre los capítulos 26 y 33, fundamental para la historia de las narraciones indigenistas americanas. En cambio, sí se reseña la leyenda erótica que recoge Martín de Murúa en su *Historia* (145). Por otro lado, la sección dedicada a la poesía épica, incluye un ensayo (161-168) muy informativo y un análisis detallado de la *Araucana* de Alonso de Ercilla. Asimismo, Pedro de Oña, criollo chileno y autor del *Arauco domado*, aparece junto con los demás poetas que siguieron “la huella de Ercilla” (170-172), pero la breve anotación ignora lo más original del poema de Oña, es decir, los ocho cantos dedicados a la rebelión quiteña por las alcabalas y la batalla naval contra el pirata Hawkins. Tampoco se menciona el extenso relato de amor de Curi Coyllor y Chalcuchima incluido en el poema *Armas antárticas* de Juan de Miramontes y Zuázola, antecedente del drama quechua Ollantay. Los casos de Cabello de Balboa, Oña y Miramontes los juzgamos fundamentales para el estudio del traslado de los géneros discursivos europeos a tierra americana.

El capítulo 5 se ocupa de Sor Juana y “otros culteranos.” De las dieciséis páginas de la entrada sobre la monja jerónima, cinco se refieren a aspectos autobiográficos desprendidos de las obras en prosa, nueve comentan los sonetos y romances y, por supuesto, el genial *Sueño*. El estudio le da menos de una página a los villancicos y obras

dramáticas, con lo cual no se estudian los aspectos más marcadamente americanos de la poesía popular y el teatro de Sor Juana.

En la introducción al capítulo 6, “Del Barroco a la Ilustración,” se hace un resumen del contexto del pensamiento europeo en el XVIII. Junto con las notas necesarias sobre la filosofía práctica, el afrancesamiento y la influencia de Locke, el lector no encontrará información específica sobre lo que significó el cambio de dinastía para los virreinos americanos, las modificaciones políticas, económicas y culturales que se vivieron con la llegada de los Borbones.

Carlos de Sigüenza y Góngora merece tres páginas, dedicadas a los *Infatunios de Alonso Ramírez*, calificado de “importante ejemplo de ficción colonial” (252). La caracterización ficcional se explica por lo que Oviedo describe como recursos narrativos, el uso de la primera persona, la verosimilitud, animación y buena organización del relato. No hay mención alguna al *Teatro de virtudes políticas*, quizá por no considerarlo dentro de la producción “literaria” del sabio mexicano. Este texto describe el arco triunfal que el cabildo de México le encargó a Sigüenza para dar la bienvenida a los marqueses de la Laguna, contraparte del que hizo Sor Juana por encargo de la Iglesia. Jacques Lafaye, al referirse a las figuras de los reyes aztecas que Sigüenza despliega en su arco, afirma que éstas supusieron una verdadera revolución en el pensamiento criollo de la segunda mitad del XVII.

El estudio sobre Espinosa Medrano, El Lunarejo, es notable y está actualizado con la reciente bibliografía sobre el tema. La entrada es bastante completa: se da información sobre las obras no tan conocidas de Espinosa Medrano y se destaca el problema de la producción intelectual en el contexto colonial peruano. Sobre El Lunarejo y su *Apologético en favor de don Luis de Góngora*, Oviedo afirma: “Góngora, y el profundo conocimiento que muestra de él, brindan el pretexto ideal para demostrar que el hecho de ser americano y escribir desde la periferia (de la que nunca llegó físicamente a salir), no le impedía ser un hombre culto y tan bien informado que podía terciar en el debate europeo sobre la poesía de Góngora” (263).²

² Recientemente Juan Carlos Boixo ha editado el *Apologético* con un estudio y notas por la editorial italiana Bulzoni.

Finalmente, para regresar a la pregunta inicial sobre el significado de las historias literarias, Beatriz Sarlo nos recuerda que hay preguntas que de antemano no tienen respuesta y que, sin embargo, sirven para “armar una perspectiva para ver.” En este sentido, la *Historia* de Oviedo además de ser una fuente actualizada y bastante completa sobre un extenso período de las letras hispanoamericanas, es también un diálogo con el concepto de literatura y los estudios culturales, con las inclusiones y exclusiones de los cánones necesarios en la docencia, y con las tensiones entre lo nacional, lo continental y el lugar de Hispanoamérica en la “globalización” de este fin de siglo.

El proyecto de la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Oviedo se completa con el segundo tomo, publicado en 1997 por la misma casa editorial, subtítulo *Del Romanticismo al Modernismo*.

Paul Firbas
Princeton University